

MADRE MARIA DE SAN JOSE, DE CHORONI. BEATA



El 25 de abril de 1875, a las diez de la mañana, nace en Choroni, pueblo cacahero de la Costa Araguëña, una niña que fue bautizada el 13 de septiembre del mismo año como Laura Evangelista Alvarado Cardozo, primera de cuatro hijos de la unión concubinaria estable de Margarita Cardozo, choronicense, y Clemente Alvarado, comerciante, pariente de músicos, sospechoso de masón y natural de Turmero. Esta que sería la Flor de Choroni estrena la luz y el llanto en una pieza prestada para el parto por Jovita, vecina más acomodada y esposa de quien después conoceríamos como Funes, el terrible.

En 1878 la familia se traslada a Maracay, Turmero, y de nuevo a Maracay, pueblo de 1.000 casas, buscando una situación económica más estable. Ya desde los cuatro años la niña se veía decidida, ocurrente y pendiente de los demás, según las anécdotas recogidas por la H. Dilia Barrios, de cuyos trabajos biográficos recogemos casi todos los datos de esta reseña.

Desde los cinco años hasta los diecisiete años estudia en la escuela de la familia Blanco: lectura, escritura, dramática, matemáticas, historia, geografía, urbanidad, música, bordado, tejido y costura. Inteligente y seria, precoz y piadosa, sus compañeras la llaman «la Palomita». 1888, trece años, Laura comienza a perfilar su proyecto: entregar su vida a Jesús. Ya entonces reúne a niños pobres de su edad para enseñarles a leer y prepararlos para la primera comunión, y vende dulces para los gastos...

En 1892, año final de sus estudios, llega a la Parroquia de Maracay (San José es el patrono tutelar de Maracay) el P. López Aveledo. Al año siguiente organiza la Sociedad de Hijas de María y la Juventud Católica Masculina. Laura, en contacto con su párroco y en la atmósfera de estas organizaciones, va madurando su camino. Se siente llamada a la vida contemplativa, pero los conventos criollos están abolidos (Guzmán Blanco), y viajar fuera no es recomendable; «mejor esperar —le dice el Padre López—, en la

parroquia hay bastante trabajo». Ese mismo año, peste de viruela en Aragua. El Padre alquila una casa para atender a los enfermos. Una Junta de Señoras para levantar el financiamiento, la colaboración de médicos y farmacéutas, y un grupo de muchachas voluntarias para atender a los enfermos: Laura, Josefina, Dolores, Ulpiana, se turnan por días. Laura los martes. Libre, firme y prudente, en 1899 está al frente en la Dirección del pequeño hospital casero. La gravedad y muerte reconciliada de su papá (con nupcias in extremis) la lleva desde entonces a un ayuno que durará toda la vida: arroz blanco, pan tostado, plátano verde (el cuyaco de su tierra) con ajos, casabe, maicena, naranja cajera y guarapo de papelón de pico, suponemos. Y con esto hasta los 92 años.

1901. Manuel Antonio Matos en Guayas contra Castro y su compadre. El Gobierno Eclesiástico de Caracas en manos de Mons. J.B. Castro, Vicario Provisor por enfermedad impediendo del Obispo Uzcátegui. El grupo de muchachas de Hospital, con Laura a la cabeza, ha obtenido permiso para vestir el hábito religioso (prohibido a los seglares): Laura, Ulpiana Gil, Francisca Rojas y María Félix Rodríguez visten el hábito de Santa Rita en febrero, con el nombre de Hermanas de los Pobres de San Agustín. Van a Las Tejerías a atender a los heridos de ambos bandos, y les piden de La Victoria abrir allá otro hospital. Vida de oración y Eucaristía, trabajo en el Hospital y pedir de puerta en puerta para mantenerlo. Ya no hay Junta de Señoras. La profesión perpetua la hacen el 28 de septiembre de 1903, redactados los Estatutos Fundacionales por el P. López A. y aprobados por el Obispo de Caracas.

Una vida fuerte en el Espíritu, cuyo testimonio queda en sus apuntes espirituales llevados durante sesenta años, dentro de los moldes devocionales de su tiempo, comienza a expandirse desde la oración callada constante hasta el amor efectivo por los pobres enfermos, ancianos, huérfanos, mendigos y muchachas sin futuro fácil.

Ignacio Castillo S.

AUTOESTIMA DE LA MADRE MARIA

- "Desde mis tiernos años hasta hoy ha sido una ininterrumpida cadena de gracias».
- "... mi naturaleza demasiado sensible".
- "Medito mucho antes de hablar, por lo que nunca tengo que arrepentirme de lo dicho".
- "En mi corazón no hay una fibra de mal querer para ninguno".
- "Yo siempre he reflexionado al hablar o al escribir, por lo que no sé hablar mucho".
- "No juzgo a ninguno, no me atrevo, así quiero pasar por dejarme engañar".
- "El decir siempre la verdad es grande en las almas... No ignoro las cosas. Yo tengo un pajarito que me lo dice todo; lo que pasa que soy tan tonta y nunca creo sean capaces de engañar con la mentira, porque desde mi tierra edad la he aborrecido".
- "... mi carácter tan delicado en asunto de enfermedad" (pudor).
- "¿Cuándo he querido mi bien más que el de los demás? No he tenido miras para nadie".
- "Yo, por la gracia de Dios, sé vencerme y esperar".
- "No soy nerviosa, y por eso le doy largas a todo; nunca he dado una orden que tuviera que cambiar, porque es mejor tener un poco de calma, que hacer las cosas a lo pronto".
- "No me amedrenta nada, nada, sólo el pecado".
- "Sufro mucho en verdad, pero Dios sabe cómo sufro, y esto me basta".
- "Todos los días de mi vida están llenos de encantos. ¡Qué feliz soy".
- "Propongo firmemente reformarme por completo... sobre todo en la paciencia, caridad, asperezas, amor propio".
- "Soy muy pobre de virtudes".
- "Quisiera saber orar como esas almas grandes, pero nada...! siempre como un asnito en la presencia del AMOR de los amores".
- "Siento algo de aflicción: Ya tan vieja —aunque no lo sienta lo estoy— de un momento a otro llega la muerte, y yo, que desde los 15 años la he esperado con alegría, ahora en la vejez, me causa pena, ¿por qué? No sé cómo estoy en la presencia de mi Dios... Me consuela saber que jamás he hecho alguna cosa (cometido falta) deliberada, por tu misericordia, Jesús mío".
- "Desde los dos años recuerdo toda mi vida y no hay un solo día que no esté señalado como un beneficio".

De 1902 a 1960, y porque su vida despierta santa emulación en otras mujeres por este camino, la Madre María (nombre tomado al hacer los votos, aunque sus huérfanos la llamaron mamacita) funda catorce hospitales, cinco asilos para niños en abandono, dos internados para niños sanos de tuberculosos, dieciséis escuelas normales, dos casas de Misericordia para mendigos, ancianos... Maracay, La Victoria, Coro, Calabozo, Ocumare del Tuy, Barquisimeto, Los Teques, San Felipe, Puerto Cabello, Caracas, Tinaquillo, San Fernando de Apure, Maracaibo, Valencia, Nirgua, Maiquetía (Leprocomio de Cabo Blanco), Choroni, Las Mercedes del Llano, Palmira; y después, Colombia e Italia serán tocadas por la osada benevolencia de la Madre María y sus hermanas. En un siglo, más de trescientas mujeres se han sentido llamadas por la vida y el servicio de la Madre María, y aquí están las Hermanas Agustinas Recoletas del Corazón de Jesús (nombre definitivo de la Congregación) en la Venezuela postpetrolera de hoy. Con sus vidas, su trabajo, su júbilo y sus esperanzas.

Débil en su contextura corporal, viaja durante aquellos años para ver y dejar fundado donde van siendo requeridas. «El que ama a Dios y al prójimo tiene el alma alada y vuela con las alas libres», «vivir y morir cantando el Magnificat». Su cruz personal, la impaciencia y las rabietas impulsivas... ¿Apremio humano del mismo amor herido?

Maracay será su residencia habitual al frente de la Congregación, responsabilidad que sabe entregar descansada, a los 85 años, a la H. Agueda Sánchez. De allí en adelante, la oración, la enfermedad, la paciencia amorosa.

1964, glaucoma, mudanza a Los Teques. El 23 de octubre de 1965 va a Caracas a verse con el oculista y, luego del pronóstico, pide visitar la tumba del Dr. Hernández (hoy su canonizable rival) y va, y se regresa a Maracay. Conato de hemiplejía. Agitada, la llama se va apagando. En la Pascua Florida de 1967 recupera las fuerzas. Es atendida por Mons.

Feliciano González, Obispo de Maracay. El segundo domingo de Pascua, 2 de abril, al mediodía, el sol en el cenit de los valles de Aragua, serena y sonriendo, viaja. Mirada y voz fuerte, entonada y vivaz ya ausente. Un capricho de remate: dos azucenas en las manos del cadáver.

Después, la devoción del pueblo, los favores, el proceso de la causa. El Decreto de Beatificación hace un año, la sorpresa del cuerpo conservado al destacar los restos... y luego, inmediatamente, la política local, los medios de comunicación, las comitivas a Roma, y las interminables colas por las aceras del centro de Maracay para «verla y pedirle». La Madre María de San José no es un Cadáver Milagroso, podría hasta del todo descomponerse...

Hizo Vida y enseñó a darla, por Don y donaire, Beata (del latín beare: hacer feliz). Cuando la Iglesia la declara Beata afirma que puede ser venerada (recibir

culto público) por el modo heroico como vivió las bienaventuranzas (beatitudes) cristianas. Lo notable no es tanto una Reliquia más o menos conservada sino el coraje de una mujer de provincia, pobre de condición, de nuestro siglo pasado, que supo aceptar el Don de Dios en Jesús y su Espíritu en el servicio amoroso y callado de los pobres.

Pobres, enfermos sin atención, niños y ancianos abandonados, mendigos, hoy más que entonces (mutatis mutandis); amantes y necesitados de prodigios por la crisis y el fin de milenio, pululan. ¿Cristianos? Que la Beata Madre María de San José de Choroni nos ayude para que seamos animados y nos movamos. ■

Ignacio Castillo S. es jesuita antropólogo, director ejecutivo de la Fundación Aguafuerte en Uraca (Choroni), y fue miembro del Centro Gumilla durante diez años.